

## **SAN EVARISTO, PAPA Y MÁRTIR**

**Día 26 de octubre**

**P. Juan Croisset, S.J.**

**F**ue San Evaristo griego de nacimiento, pero originario de Judea, como hijo de un judío llamado Judas, natural de Belén, que fijó su residencia en la Grecia, y educó á su hijo en la doctrina y principios de su religión. Nació por los años de 60, con tan bellas disposiciones para la virtud y para las letras, que su padre dedicó el mayor cuidado á cultivarlas, dando al niño maestros hábiles que le instruyesen, tanto en éstas como en aquélla. Era Evaristo de excelente ingenio, de costumbres inocentes y puras, por lo que hizo grandes progresos en breve tiempo. No se sabe cuándo ni dónde tuvo la dicha de convertirse á la fe de Jesucristo, como ni tampoco con qué ocasión vino á Roma; sólo se sabe que era del clero de aquella Iglesia, madre y maestra de todas las demás, centro de la fe y de la religión, á quien tributa tantos elogios San Ignacio, obispo de Antioquía. Alaba el Santo á los fieles de Roma singularmente por su fidelidad, por su valor y por su constancia en la fe, por la pureza de sus costumbres y por aquella caridad que los constituía modelos de los fieles esparcidos en todas las demás iglesias. Sobre todo ensalza la grande unión que se observaba entre ellos y el sumo horror que profesaban al cisma y á los horrores de tantos herejes como á la sazón afligían y despedazaban la Iglesia de Jesucristo. Pero todos convienen en que estos elogios eran propiamente el panegírico del santo papa Evaristo, cuyo celo y cuya santidad, generalmente reconocida y celebrada en toda Roma, sostenía la virtud de todos los fieles; pues, siendo todavía un mero presbítero, encendía el fervor y la devoción en los corazones de todos con sus

**instrucciones, con su caridad y con sus ejemplos. Era tan universal la estimación y la veneración con que todos le miraban, que, habiendo sido coronado del martirio el santo pontífice Anacleto, sucesor de San Clemente (glorioso fin de todos aquellos primeros papas), sólo vacó la Silla Apostólica el tiempo preciso para que se juntase el clero romano, que, sin deliberar un solo momento, á una voz colocó en ella á San Evaristo. No hubo en toda la Iglesia quien desaprobase esta elección, sino el mismo Santo.**

**Luego que el nuevo Papa se vio colocado en la Silla de San Pedro, aplicó todo su desvelo á remediar las necesidades de la santa Iglesia en aquel calamitoso tiempo, perseguida en todas partes por los gentiles, y cruelmente despedazada por los herejes. Los simoniacos ó simonianos, los discípulos de Menandro, los nicolaítas, los gnósticos, los cayanienos, los discípulos de Saturnino y de Basílides, los de Carpócrates, los valentinianos, los elcesaítas y algunos otros herejes, animados por el espíritu de las tinieblas, hacían todos sus esfuerzos y se valían de todos sus artificios para derramar por todas partes el veneno de sus errores. Todos los fieles de Roma conservaron siempre la pureza de su fe; y aunque la mayor parte de los heresiarcas concurrió á aquella capital para pervertirla, el celo, las instrucciones y la solícitud pastoral del santo papa fueron preservativos eficaces.**

**Pero esta pastoral solícitud del vigilante pontífice no se limitó precisamente á preservar los fieles de doctrinas inficionadas; adelantóse también á perfeccionar la disciplina eclesiástica por medio de prudentísimas reglas y decretos, que fueron de grande utilidad á toda la Iglesia.**

**Aunque el emperador Trajano fue en realidad uno**

de los mayores príncipes que conoció el gentilismo, tanto por su dulzura como por su moderación, no por eso fueron mejor tratados en su tiempo los que profesaban la religión cristiana; antes bien no cedió ni en tormentos ni en crueldades á las demás persecuciones la que padeció la Iglesia en tiempo de este emperador.

Luego que se dejó ver en la Tierra nuestra Santa Religión, comenzó á experimentar el odio que ordinariamente sigue á la verdad, contando tantos enemigos como ésta tiene contrarios. Uno de los principales motivos de esta pública y general aversión fue la pureza de la doctrina evangélica, tan opuesta á la universal corrupción de los gentiles; y como las potestades del Infierno, que tenían tiranizado al mundo, habían sido vencidas por la cruz de Jesucristo, cabeza y fundador del Cristianismo, convirtieron éstas todo su furor contra el nombre y contra la religión de los cristianos. Eran éstos la execración de los grandes y el horror de los plebeyos, porque la pureza de sus costumbres y la santidad de su vida servía de muda pero cruel censura de sus comunes desórdenes, y de la impiedad del paganismo. Fuera de eso, para hacer todavía más odioso el Evangelio, á todo el mundo, no cesaba el demonio de sembrar en todas partes las más horribles calumnias contra los cristianos, pintándolos como hechiceros y como magos, que con sus sortilegios y hechicerías encantaban á las gentes. Sus milagros eran encantamientos; sus juntas nocturnas y secretas, conventículos de infamias y de prostituciones, ocultando bajo una aparente modestia y compostura unas almas negras, corrompidas y disolutas. Preocupados todos de esta manera, lo mismo era ver á un cristiano, que gritarle públicamente: *¡Al malvado! ¡Al facineroso!*; y, por consiguiente, sin otra formalidad que confesar uno que lo era, condenarle al último suplicio. De este mismo principio nacían aquellos tumultos populares en el circo, en los anfiteatros, en los

**juegos públicos, en los cuales, sin que precediese por parte de los fieles el más mínimo motivo, levantaba el grito la muchedumbre pidiendo alborotadamente su muerte y la extirpación de su secta. A estos amotinamientos populares se atribuye la persecución de la Iglesia en el imperio de Trajano. Esta persecución se señala en la crónica de Eusebio hacia el año 108 de Jesucristo , el decimoprimeros de dicho emperador, y duró hasta la muerte de este príncipe, que sucedió el año de 117, á los diez y nueve de su reinado.**

**No podía estar á cubierto de esta violenta tempestad el santo pontífice Evaristo, siendo tan sobresaliente la eficacia de su celo, y tan celebrada en toda la Iglesia la santidad de su vida. Siendo tan visibles y tan notorias las bendiciones que derramaba Dios sobre su celo, de necesidad habían de meter mucho ruido, ó á lo menos era imposible que del todo se ocultasen á los enemigos de la religión. Crecía palpablemente el número de los fieles, y, regada la viña del Señor con la sangre de los mártires, se ostentaba más lozana, más florida y más fecunda. Conocieron los paganos que esta fecundidad era efecto de los sudores y del celo del santo pontífice; por lo que resolvieron deshacerse de él, persuadidos á que el medio más eficaz para que se derramase el rebaño era acabar con el pastor. Echáronle mano, y le metieron en la cárcel. Mostró tanto gozo al ver que le juzgaban digno de derramar su sangre y dar su vida por amor de Jesucristo, que quedaron atónitos los magistrados, no acertando á comprender cómo cabía tanto valor y tanta constancia en un pobre viejo, agobiado con el peso de los años. En fin, fue condenado á muerte, como cabeza de los cristianos; y aunque se ignora el género de suplicio con que acabó la vida, es indubitable que recibió la corona del martirio el día 26 de Octubre del año del Señor de 117 ó 118, honrándole hasta el día de hoy como á mártir la universal Iglesia.**

## **SANTOS LUCIANO Y MARCIANO, MÁRTIRES**

**H**no de aquellos maravillosos Santos en quienes quiso Dios hacer ostentación de su gracia, para que animasen con su ejemplo á los mayores pecadores á no desconfiar de la divina misericordia, fueron San Luciano y Marciano, naturales de la ciudad de Vich en el principado de Cataluña. Tuvieron ambos la desgracia de haber sido educados en las supersticiones del Gentilismo, por lo que no tuvieron reparo en aplicarse al estudio de la astrología judiciaria, de los encantamientos y de la magia. Hallaron sus maestros en los dos jóvenes un ingenio superior para estas facultades, y una inclinación activa hacia estas artes diabólicas. No hubo infamia ni hediondez abominable de que no hubiesen hecho vanidad; y como se valían de todos los medios que les sugería el enemigo de la salvación para asegurar los sucesos de los encantos, todos los buscaban para conseguir sus antojos y sus execrables voluptuosidades.

Tales eran Luciano y Marciano cuando agradó al Padre de las misericordias conmutar en vasos de elección los que eran de inmundicia, para manifestar al mundo el poder de su divina gracia. Encendióse en sus corazones un fuego tan infernal, tan impuro y tan lascivo, que, formando en ellos una violentísima pasión, no perdonaron diligencia alguna para satisfacerla, teniendo por indudable que con sus mágicos hechizos la pondrían en paraje de lograr sus perniciosas intenciones. Valiéronse de los más poderosos medios de la magia, pero todo, inútilmente.

Quejáronse altamente Luciano y Marciano al demonio sobre la ineficacia de su poder, puesto que no le tenia para rendir á una tierna doncella; y, compelido el enemigo de una virtud superior á la suya, confesó la verdad, diciéndoles: *Ya habéis experimentado la*

***facilidad con que habéis pervertido las almas que no conocen á Dios invocando nuestro auxilio; pero, aun cuando empleemos todas nuestras facultades en esta casta doncella, nunca podremos conseguir cosa alguna.***

Quedaron atónitos Luciano y Marciano al oír la confesión de los demonios, y, reflexionando sobre la preocupación y el engaño en que habían vivido hasta entonces, se dijeron mutuamente: ***Si tanto es el poder de Jesucristo, que supera al de los demonios y al de nuestras artes mágicas, sin duda nos conviene convertirnos á Él, temerlo y adorarlo, puesto que puede beneficiarnos más que aquellos á quienes hemos servido hasta ahora.*** Movidos de este discurso y de los influjos de la divina gracia, que comenzó á iluminarles, recogieron los códices de sus malas artes y, llevándoles á la plaza de la ciudad, los quemaron públicamente. Quedaron admirados todos los vecinos de Vich al ver una resolución tan inesperada; y preguntándoles qué causa les impelía para arrojar al fuego los escritos de su profesión, respondieron ambos: ***Porque Dios ha ilustrado nuestros entendimientos, librándonos de las tinieblas y de las sombras de la muerte, en que hemos vivido hasta ahora, para que nos salvemos.***

Hechos cristianos Luciano y Marciano, quisieron dar á Dios satisfacción de su mala vida, y dejando sus casas y sus muchas riquezas se retiraron á un desierto, donde se entregaron á los excesos de su fervor y á los rigores de una penitencia sin límites. Irritados los demonios de que se hubiesen escapado aquellos por cuyos medios habían conquistado tantas almas, pusieron en ejecución todos los artificios de su malicia para separarlos de su buen propósito; pero, aunque fueron muchos y muy violentos los combates que tuvieron que sufrir contra los enemigos de la salvación y contra si mismos, les sacó victoriosos de todos los ataques con su recurso á la oración y á la

penitencia, valiéndose de la protección de la santísima Virgen, como Madre, Abogada y Refugio de pecadores.

Pareció á los dos célebres eremitas que con los ejercicios de una vida privada no daban á Dios satisfacción suficiente de sus culpas, habiendo engañado á tantos con su perversa doctrina; y, queriendo resarcir los daños que ocasionaron en el público, se presentaron en Vich á predicar las infalibles verdades de nuestra santa religión, desengañando á los gentiles de los crasos errores en que vivían sumergidos. Admirados los de Vich al ver aquella extraordinaria novedad, decían: *He aquí los que nos engañaban y facilitaban la satisfacción de nuestros deseos, cómo ahora predicán al Crucificado que antes despreciaban; pero, fortificados más y más los Santos en la fe, contestaban al pueblo: Creednos, hermanos; porque, si no hubiéramos conocido que esto es lo mejor, nunca nos hubiéramos convertido á Jesucristo.*

Irritados los paganos de Vich con las conquistas que hacían cada día Luciano y Marciano para Jesucristo, los delataron al gobernador de la ciudad, diciéndole: *He aquí unos hombres magos, que ahora predicán lo que antes impugnaban, é impugnan lo que antes enseñaban.* Era el juez cierto hombre llamado Sabino, y, haciendo comparecer ante su tribunal á los dos predicadores, comenzó el interrogatorio acostumbrado en estos casos, preguntando á Luciano por su nombre y por su religión. *Yo me llamo Luciano, respondió el Santo, y mi religión es la de Jesucristo; porque aunque en algún tiempo fui perseguidor de esta venerable ley, hoy, aunque indigno, soy de ella predicador.—Pues ¿qué oficio tienes, replicó el tirano, para ejecutarlo así?—El que es propio de toda alma racional, contestó Luciano, que debe sacar del error á su hermano, aconsejándole la verdad para que se libre de los lazos del demonio.—¿Quién os persuadió, continuó Sabino, á que dejaseis á los dioses inmortales, por quien*

*conseguisteis muchos beneficios y os conciliasteis el amor del pueblo, para convertirlos á un muerto crucificado, que no pudo salvarse á sí mismo?—El mismo Señor, respondió Marciano, es el que nos iluminó, como lo hizo en otro tiempo con Pablo, que, siendo primero perseguidor de la Iglesia, fue después un predicador celoso de su santa ley, ilustrado con su divina gracia.—Mirad por vosotros, siguió el gobernador, y volved á vuestra vida antigua, para que tengáis propicios á los dioses y á los príncipes del mundo.—Tú hablas, dijo entonces Luciano, como uno de los necios gentiles; mas nosotros damos gracias á Dios porque nos sacó de las tinieblas y de las sombras de la muerte, dignándose conducirnos á la gloria de ser cristianos.— ¿De qué modo os defiende, continuó Sabino, ese Dios que predicáis, dejándoos en mis manos, y no evita que incurráis en la muerte que os espera?—La gloria de los cristianos, contestó á esto Marciano, no consiste en la vida presente que tú tanto estimas, sino en la eterna que esperamos en los Cielos, perseverando en la fe de Jesucristo.— Dejad, continuó Sabino, semejantes necesidades: oídme, y sacrificad á los dioses, cumpliendo en esto con los preceptos imperiales; pues, de lo contrario, haré que sufráis nuevos y horribles tormentos.— Haz lo que gustes, respondió Marciano, pues estamos dispuestos á padecer todas las penas que discurras antes que negar al único y verdadero Dios que confesamos, para no caer en **el fuego eterno, que él mismo Señor tiene preparado al diablo y á todos los idólatras que siguen sus engaños.***

Conoció Sabino por el interrogatorio que de nada aprovechaban todos sus esfuerzos para pervertir á los dos ilustres confesores, y pronunció contra ellos la sentencia siguiente: *Porque Luciano y Marciano son transgresores de las leyes divinas, convirtiéndose á la vanísima de los cristianos; y porque no han querido oír nuestras reconvenciones sobre el cumplimiento de los*



***preceptos de los príncipes del mundo dirigidas á que se salven, mando que sean quemados. Luego que llegaron los Santos al lugar del suplicio, oraron en esta forma: Señor, Jesús: nosotros no podemos daros las correspondientes gracias por habernos sacado del error de la gentilidad y dignado conducirnos á esta pasión por tu santo nombre, haciéndonos participantes de las dichas de tus santos: á Ti encomendamos nuestras almas, para quien sea la alabanza y la gloria por los siglos de los siglos. Concluida esta súplica, hicieron su oficio los verdugos, y, arrojando á Luciano y á Marciano á una hoguera encendida, quedaron consumidas las dos preciosas víctimas en el día 26 de Octubre del año 251 ó 52, imperando en Roma Decio, y siendo pontífice San Fabián.***

**Recogieron los cristianos las venerables reliquias de los dos insignes mártires, y las ocultaron con el mayor secreto, retirándolas de la vista de los gentiles; pero, luego que cesó el furor de la persecución, las colocaron en la iglesia de San Saturnino de Vich, donde estuvieron en grande veneración hasta la pérdida de España, en la que, temerosos los fieles de que cayese tan precioso tesoro en manos de los bárbaros, las ocultaron en el mismo templo, con el sepulcro de mármol que las contenía. Así se mantuvieron muchos siglos, hasta que se dignó el Señor manifestarlas en el año 1050, reinando en Cataluña el famoso conde de Barcelona Raimundo Berenguer, primero de este nombre, por medio de las maravillosas revelaciones y visiones angélicas que se dignó hacer á dos venerables presbíteros , llamados Raimundo ó Ramón Ferrer, y Mosén Raimundo ó Ramón. Halláronse las venerables reliquias con las inscripciones de los nombres, del origen, del tiempo y del lugar de la pasión de los santos, y se colocaron después con el honor debido en el mismo templo, en el año 1342, reinando en Cataluña el rey D. Pedro IV de Aragón y III de Cataluña.**

**Solicitaron los canónigos Pedro Surigueros, Berenguel de Colomer y Juan de Avendo que se hiciese la traslación de las reliquias de los insignes mártires á lugar más decente; y ejecutado este acto, con anuencia de D. Galcerato, obispo de Vich, por medio de una solemne procesión, en la que asistieron muchas personas condecoradas, se colocaron en el altar mayor de la iglesia de San Saturnino, donde son tenidas en grande veneración.**

**La Misa es en honor de San Evaristo, y la oración la siguiente:**

**Atiende i oh Dios todopoderoso! á nuestra flaqueza; y, pues nos oprime el peso de nuestros pecados, dignate de sostenernos por la gloriosa intercesión de tu bienaventurado mártir y pontífice San Evaristo. Por Nuestro Señor, etc.**

**La Epístola es del cap. 1 del apóstol Santiago.**

**Carísimos: Bienaventurado el varón que sufre la tentación; porque, cuando fuere examinado, recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno, cuando es tentado, diga que es tentado por Dios, porque Dios no es tentador de cosas malas, pues Él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí, y le aficiona. Después, la concupiscencia, habiendo concebido, pare al pecado; y el pecado, después, siendo consumado, engendra la muerte. No queráis, pues, errar, hermanos míos muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo del Padre de las luces en el cual no hay mudanza, ni sombra de vicisitud. Porque Él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos como las primicias de sus criaturas.**

## REFLEXIONES

***Ninguno diga, cuando es tentado, que le tienta Dios. Dios no puede tentar al mal; y así, este Señor á ninguno tienta; y, por tanto, cada uno es tentado por el cebo y por los atractivos de su propia concupiscencia. Pocos disolutos, pocos mundanos, pocos pecadores hay que no echen la culpa de sus desórdenes á la malignidad del tentador, pretendiendo excusarlos con la violencia de la tentación. El mundo todo es peligros, esto no se niega; pero, porque todo es peligros el mundo, ¿nos hemos de arrojar á ellos aturdida ó atolondradamente? ¿Será razón vivir en el mundo sin preservativos, sin atención y sin temor? Es el mundo un mar borrascoso y cubierto todo de escollos; los navichuelos pequeños y poco cargados los evitan con más facilidad que los barcos soberbios y corpulentos, los cuales reciben más viento y se gobiernan con mayor trabajo. Pero después que se habla tanto de este proceloso mar, tan famoso por los naufragios, ¿se han hecho, por ventura, más cuerdos, más avisados y más prevenidos los que se engolfan en él? ¡Y si á lo menos nos hiciera más vigilantes la multitud de los peligros de la salvación! Pero ¡ah, que sucede todo lo contrario! Cuanto más hay por qué temer, menos se teme. ¿Dónde se vive con menos precauciones contra los malos deseos que en medio de los objetos que los excitan más? No contentos con el enemigo doméstico que nosotros mismos mantenemos, vamos á buscar otros extraños forasteros. ¿Qué maravilla que seamos vencidos, ni qué milagro que nos precipitemos? Hay condiciones, hay estados (es verdad), en que son mayores y más frecuentes los peligros; pero todo país donde abundan insectos ponzoñosos abunda también en contravenenos, siendo igualmente fecundo en preservativos y en remedios.***

**El Evangelio es del cap. 11 de San Lucas.**

**En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno viene á Mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de Mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios, para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, después de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? Ó ¿qué rey, debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncie á todo lo que posee no puede ser mi discípulo.**

## **MEDITACIÓN**

### **De la necesidad de la penitencia.**

**PUNTO PRIMERO.—Considera que no hay más que dos caminos para ir al Cielo: la inocencia ó la penitencia. No hay medio. O nunca pecaste, ó eres pecador. Buen Dios, ¿quién se podrá lisonjear de aquella primera inocencia? Pues ¿quién se podrá excusar de los rigores de la penitencia? Busca algún otro camino; por lo menos es cierto que Jesucristo le ignoró. Fabriquémonos el sistema que nos pareciere, finjémonos la moral que se nos antojare; pretextos de salud, varios títulos de la edad, excusas frívolas del amor propio, alegatos aéreos del estado ó de la condición; no hay privilegios, no hay razones que te eximan de una ley tan indispensable. No hay otro partido que tomar: ó llorar mientras dura el tiempo, ó arder por toda la eternidad: ó Infierno ó**

penitencia.

Pero ¿cuál es nuestra penitencia? En medio de eso, ninguno hay que no aspire á lograr la misma dicha que gozan los santos; ninguno que no aspire á la misma corona. Mas ¿en qué fundarán esta confianza? En los méritos de Jesucristo. Sin duda que á estos divinos méritos deberemos nuestra salvación. Pero ¿será sin hacer penitencia? Escuchemos al oráculo del mismo Jesucristo: *Si no hicieréis penitencia, todos pereceréis.* (Luc, 13.) No ignoraba El lo que valía su sangre; conocía perfectamente el precio y la virtud de sus merecimientos. En medio de eso, con toda mi redención sobreabundante, con el fruto de mi pasión y de mi muerte, dice el Salvador, ninguno se salvará si no hace penitencia. *Omnes, todos pereceréis; el rey como el vasallo; el amo como el siervo; todos.*

¡Ah, Dios mío, y cuánto me acusa en este mismo punto mi conciencia! ¡Qué remordimientos, qué temores, qué justos sobresaltos! Y ¿será posible que todo esto sea sin provecho?

**PUNTO SEGUNDO.**—Considera qué enorme error es pretender salvarse sin hacer penitencia. Si no queréis renunciar mi Evangelio, dice el Salvador del mundo, debéis estar persuadidos á que el que pecó, si no hace penitencia, vanamente se lisonjea de conseguir su salvación. (Marc, 1.) ¿Se sigue hoy en el mundo esta doctrina?

Pero ¿no será hacer bastante penitencia confesar sus pecados, rezar algunas oraciones, ejercitarse en algunas obras satisfactorias impuestas en la confesión? ¿No bastará esto para cumplir con el precepto de hacer penitencia? Mas yo pregunto: ¿y será posible que la doctrina de Jesucristo sobre la necesidad de la

**penitencia no se ha de reducir más que á esto ?**

**Sabemos ciertamente que hemos pecado: ¿estamos igualmente seguros de nuestra penitencia? ¿Siguióse á aquella contrición verdadera la fuga de las ocasiones, la reformation de las costumbres, la modestia en el traje y otros frutos dignos de verdadera penitencia? Dios mío, ¡cuántos cargos tengo que hacerme á mí mismo! Y ¿cómo podré sufrir los que algún día me haréis Vos si no comienzo á hacer penitencia desde este mismo punto? Palpo la precisión, conozco la indispensable necesidad; todo lo arriesgo si lo dilato. Aunque dentro de veinticuatro horas tenga que ir á daros cuenta de mi vida, por lo menos tendré el consuelo de haber comenzado.**

## **JACULATORIAS**

**Examinaré de aquí adelante, Dios mío, todos los años de mi vida en la amargura de mi corazón.—*Isai.*, 38.  
i Oh y quién diera á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar día y noche mis pecados!—*Jerem.*, 9.**

## **PROPÓSITOS**

**1. Pocos hay que no confiesen y muchos menos que no tengan sobrada razón para confesar que son grandes pecadores. Pero ¿dónde está la penitencia? ¿De qué servirá el estéril conocimiento y esa infecunda confesión, sino de aumentar nuestras deudas? ¿De qué servirá reconocerse uno pecador, si no pasa á ser penitente? Y no hay que atrincherarse, no hay que cubrirse ni con la ternura de la edad, ni con la delicadeza de la complexión, ni mucho menos con los empleos, con la clase, con la calidad. Para quien pecó no hay salvación si no hace penitencia. Fuera de la penitencia interior, que pasa allá dentro del alma en la amargura del corazón, es menester la exterior, que mortifique al cuerpo, que le**

**dome y que le humille. Da principio por las penitencias de precepto: las abstinencias de obligación, los ayunos de la Iglesia son leyes inviolables, de que jamás te debes dispensar con frívolos pretextos. Haz un firme propósito de observar con todo rigor todas estas penitencias de precepto. Guárdate bien de permitir que los que están á tu cargo se dispensen en ellas sin grave é indubitable motivo: mira que te harás reo de su pecado.**

**2. No te contentes con aquellas penitencias comunes en que ningún cristiano debe jamás dispensarse sin causa legítima y verdadera: hay otras particulares, que no te son menos necesarias, en atención á tus necesidades espirituales. La vista, el nombre solo de ciertos instrumentos de penitencia espanta, estremece á algunas personas, á quienes no estremecieron ni espantaron los desórdenes más vergonzosos y más enormes. ¡Con cuánta razón se podría preguntar á muchos si la multitud y la enormidad de sus pecados los dispensaban de este género de penitencias! Consulta cuanto antes con tu director lo que debes hacer en este particular. No des oídos á tu delicadeza, sino á tú conciencia, á tu religión y á tus necesidades: si eres inocente, la penitencia es la sal que preserva de la corrupción; si eres pecador, la penitencia es el contraveneno del pecado.**